

á deciros, la duquesa de Etampes es la reina del rey.

—¿Qué estáis diciendo, Dios mío? ¡Que yo he ofendido á la duquesa de Etampes! ¿Cuándo y cómo?

—Os conozco bien y ya sospechaba que lo ignorábais, como yo, y aún añadiré que como ella misma. Pero, ¿qué se le ha de hacer? Las mujeres son así: con la misma facilidad odian que aman. Pues bien, la duquesa os odia.

—¿Y qué queréis que haga yo?

—Lo que quiero es que el cortesano salve al escultor.

—¿Yo cortesano de una cortesana!

—No os excitéis. No tenéis razón—dijo el Primaticcio sonriéndose—. La duquesa de Etampes es tan hermosa, que los artistas no tenemos más remedio que reconocerlo.

—Y yo lo reconozco.

—Pues decidlo á ella misma y no me lo digáis á mí. Es lo único que os aconsejo, y si me hacéis caso llegaréis á ser ambos los mejores amigos del mundo. Vos la habéis ofendido; á vos os corresponde dar el primer paso para la reconciliación.

—Si la he ofendido ha sido sin querer, sin intención de ofenderla. Me dijo algunas frases mortificantes que yo no merecía, y la contesté como era debido.

—No importa, no importa; olvidad lo que ella os dijo y procurad que á su vez olvide lo que la dijisteis. Os repito que es una mujer imperiosa, vengativa; que dispone á su antojo del corazón del rey, que siente verdadero afecto por las artes, pero mucho más hacia el amor. Hará que os arrepintáis de vuestra audacia y os suscitará enemistades; ella es quien ha animado al preboste para que se os resistiera. Yo me voy á Italia, me voy á Roma por orden suya; pues bien, Benvenuto, este viaje ha sido dispuesto para perjudicaros, y aun siendo muy amigo vuestro me veo obligado á servir de instrumento á su odio.

—¿A qué vais á Roma?

—Os lo diré. Habéis prometido al rey rivalizar con los escultores antiguos, y yo os considero capaz de cumplir vuestra promesa; pero la duquesa de Etampes supone que os habéis alabado con exceso, y para venceros en la comparación me envía á mí, pintor, á traer vaciados de las mejores esculturas antiguas: el Laocoonte, Venus, etc., etc.

—Sí que es eso un refinamiento de odio—dijo Benvenuto, que por muy buena opinión que tuviera de sí mismo no dejaba de experimentar algún temor acerca del resultado de la comparación de sus obras con las de los grandes maestros—. Pero ceder á una mujer, ¡jamás! ¡jamás!—añadió apretando los puños y ciego de furor.

—¿Quién os habla de ceder? Al contrario, os propongo un medio hábil de salir del paso. Ascanio la ha gustado; ella quiere encomendarle trabajos y me ha encargado de citarle en su casa. Pues bien, no hay nada más natural, por vuestra parte, que acompañar á Ascanio al palacio de Etampes, para presentárselo vos mismo á la hermosa duquesa. Aprovechad la ocasión; llevad con vos alguna joya de esas que vos sólo sabéis cincelar; enseñádsela primero, y cuando veáis brillar en sus ojos el deseo de poseer-

la, ofrecédsela como un tributo muy pobre para ella. Aceptaré; os dará las gracias y á su vez os hará algún regalo digno de vos y os devolverá su aprecio. Si no lo hacéis así y continúa siendo enemiga vuestra esa mujer, ya podéis renunciar á vuestros sueños de gloria. Yo también he tenido que doblegarme una vez para poder levantarme luego á toda mi altura. Hasta entonces he visto que preferían á ese embaldurnador de lienzos que se llama Rosso, con quien me comparaban constantemente. Le nombraron intendente de la corona.

—Sois muy injusto para con él, Francesco; es un gran pintor.

—¿Eso creéis?

—Estoy seguro de ello.

—Pues yo también estoy seguro de lo que digo, y por eso le odio. Como decía, me comparaban con él para humillarme, hasta que me decidí á lisonjear sus miserables vanidades, y desde entonces soy «el gran Primaticcio». Ahora se valen de mí para humillaros á vos. Haced lo que yo he hecho, Benvenuto, y no os arrepentiréis de haber seguido mi consejo. Os lo suplico por vos y por mí; os lo suplico en bien de vuestra gloria y de vuestro porvenir.

—Es muy costoso—dijo Cellini, que, sin embargo, comenzaba á dejarse convencer visiblemente.

—Si no por vos, que sea por nuestro gran rey. ¿Queréis amargarle la vida, poniéndole en el caso de optar entre una amante á quien adora y un artista á quien admira?

—Sea. Lo haré por el rey—exclamó Benvenuto, satisfecho de haber encontrado una excusa plausible.

—Enhorabuena. Y ahora ya comprendéis que si la duquesa llega á enterarse de nuestra conversación, estaría yo perdido.

—Supongo que estaréis tranquilo acerca de ese punto.

—Cuando Benvenuto da su palabra no hay nada que temer.

—Os la doy.

—Entonces, adiós, hermano.

—Adiós; ¡buen viaje!

—¡Buena suerte!

Y después de estrecharse por última vez la mano, separáronse ambos artistas haciendo cada uno un gesto que resumía toda su conversación.

XIII

LA MUJER ES VERSÁTIL

El palacio de Etampes no estaba muy lejos del de Nesle. Elevábase cerca del muelle de los Agustinos y se extendía á lo largo de la calle de *Gilles-le-Gueux*, cuyo nombre ha sido sentimentalmente cambiado por el de *Gil-le-Cœur*. Su principal entrada estaba en la calle de la Golondrina.

Francisco I se lo había regalado á su amante para que consintiera en casarse con Santiago Desbroses, conde de Penthièvre, así como había dado el ducado de Etampes y el gobierno de Bretaña al propio San-

tiago Desbroses, conde de Penthièvre, para que consintiese en casarse con su amante.

El rey había procurado que el regalo fuese digno de la bellísima Ana de Heilly. Hizo restaurar el antiguo palacio acomodándolo al gusto de la época. En la fachada, sombría y severa, habían brotado como por encanto las delicadas flores del Renacimiento, y en el cuidado con que había dispuesto la ornamentación del edificio, se adivinaba que había de habitarlo él mismo, casi tanto como la duquesa de Etampes. Además, las habitaciones habían sido amuebladas con un lujo regio, y la casa estaba organizada como la de una reina verdadera, seguramente mejor que la de la misma Leonor, la excelente y casta hermana de Carlos V y esposa legítima de Francisco I, de la cual tan poco se hablaba en la sociedad y en la corte.

Penetremos indiscretamente, avanzada ya la mañana, en la habitación de la duquesa, y la encontraremos reclinada en su lecho, con la encantadora cabeza apoyada en una de sus lindas manos, y acariciándose con la otra los bucles de sus hermosos cabellos castaños y de reflejos dorados. Los desnudos pies de Ana parecían más pequeños y más blancos en las ricas pantuflas de terciopelo negro, y su flotante vestido prestaba á la coqueta mujer un encanto más, y un encanto irresistible.

En la misma habitación estaba el rey, de pie junto á una ventana; pero no miraba á la duquesa; golpeaba con los dedos á compás en los cristales y parecía meditar profundamente. Sin duda pensaba en aquel grave problema del paso de Carlos V al través de Francia.

—¿Qué hacéis ahí, señor, vuelto de espaldas?—dijo al fin la duquesa, impaciente.

—Versos para vos, mi dulce amiga. En este momento los he terminado.

—Decídmelos, decídmelos al punto, mi querido rey-poeta.

—Con mucho gusto—dijo el rey con la seguridad de oír su elogio—. Oid.

Colocado junto á una ventana, contemplaba el nacer de aquel día viendo á Febo elevarse al espacio, viendo á Diana esfumarse marchita. Volví el rostro; mi reina peinaba su cabello que al oro da envidia, y en sus ojos, de luz tan radiante como el sol, fulguraba mi dicha. Extasiado quedé, y así dije, porque así lo pensaba y sentía:

«¡Dioses, astros, huid todos juntos!

¡La beldad de mi diosa os eclipsa!»

—¡Oh, qué lindos versos!—dijo la duquesa palmoteando—. Contemplad el amanecer cuanto gustéis, puesto que de ese modo encontráis pretexto para componer tan inspiradas poesías. Repetidlos, repetidlos, os lo ruego.

Francisco I repitió sus galantes estrofas, y cuando hubo concluido fué Ana quien guardó silencio.

—¿Qué os sucede, amada mía?—preguntó el rey, que esperaba nuevos elogios.

—Que deseo repetiros, con más razón todavía, lo que os dije anoche: Un poeta tiene menos disculpa

que un rey si deja que ultrajen insolentemente á su dama, puesto que es al mismo tiempo su amante y su musa.

—¡No seáis así!—replicó Francisco I haciendo un leve movimiento de impaciencia.—No existe el ultraje de que os querelláis. Vuestro rencor es implacable con exceso, mi adorada ninfa, puesto que os hace olvidar mis versos.

—Monseñor, yo odio tan sinceramente como amo.

—Y á pesar de eso, vamos á ver: si yo os rogase que no guardáseis rencor á Benvenuto, un admirable loco que no sabe lo que dice; que se bate del mismo modo que habla, es decir, aturdidamente; que no ha tenido intención de ofenderos, respondiendo de ello... Si yo os lo rogase, sabiendo como sabéis que la clemencia es privilegio de la divinidad, ¿verdad, adorada diosa, que perdonaríais á ese insensato, en gracia á mi amor?

—¡Insensato!...—repitió Ana en voz baja.

—Sí, insensato sublime; es verdad. Ayer le ví y me prometió maravillas. Es hombre, en mi opinión, que no tiene igual en su arte y que en lo porvenir me dará más gloria que Andrés del Sarto, Tiziano y Leonardo de Vinci. Ya sabéis cuánto quiero á mis artistas, querida duquesa; sed indulgente con éste, yo os lo suplico. Nube de verano, capricho de mujer y exabrupto de artista tienen para mí más encanto que molestia. Perdonadle por lo que me agrada; perdonadle vos, á quien tanto amo.

—Soy vuestra esclava y os debo obediencia.

—Gracias. Y á cambio de esta merced que me concede la bondad de la mujer, podéis pedir lo que os agrade del poder del príncipe. Pero ¡qué contrariedad! El día va avanzando y me veo obligado á separarme de vos para asistir al Consejo. Mi hermano Carlos V me dificulta inmensamente el oficio de rey. Substituye con la astucia la caballerosidad, y la espada con la pluma. ¡Es una vergüenza! Yo creo, á fe de caballero, que habrá que inventar palabras nuevas para nombrar toda esa ciencia y toda esa habilidad de gobernar. Adiós, amada mía; voy á procurar ser astuto y hábil. ¡Qué feliz sois vos, que no tenéis que preocuparos más que de seguir siendo hermosa y contáis con el auxilio del cielo que pone de su parte cuanto es necesario para que lo consigáis. Adiós; no os levantéis; mi paje me espera en la antecámara. Hasta muy pronto. Pensad en mí.

—Pienso en vos á todas horas.

Le dijo adiós con un ademán. Francisco I levantó las colgaduras, y salió dejando sola á la bella duquesa que, fiel á su palabra, en aquel mismo instante se puso á pensar en algo muy distinto de su amante.

Y era que la duquesa de Etampes era de naturaleza activa, ardiente, ambiciosa. Después de haber buscado afanosamente y conquistado con decisión el cariño del rey, pronto fué insuficiente este amor para calmar la intranquilidad de su ánimo, y comenzó á aburrirse. El almirante Brión y el conde de Longueval, á quienes amó algún tiempo; Diana de Poitiers, á quien detestó siempre, no ocuparon sus oídos cuanto ella quería; pero desde hacía una semana el vacío que experimentaba en su ánimo casi se había llenado y Ana se sentía revivir, merced á un nuevo odio y á un amor nuevo. Odiaba á Cellini y

equivoco. Ese formidable orgulloso que se ha resistido á varios soberanos está ahí, esperando en mi antecámara á que yo tenga á bien recibirle, y las dos horas de purgatorio que va á pasar serán expiación suficiente de un arranque de impertinencia. No hay que ser desapiadado, preboste. Perdonadle del mismo modo que yo le he de perdonar cuando hayan transcurrido las dos horas. Si no lo hacéis así, sospecharé que tengo menos influencia sobre vos de la que tiene sobre mí el rey.

—Permitidnos, señora, que nos despidamos. No quisiera verme en el caso de haceros una promesa que no pudiese cumplir luego.

—¿Despediros? ¡No, de ningún modo!—dijo la duquesa, que á toda costa quería tener testigos de su triunfo—. Deseo que presenciéis la humillación de vuestro enemigo, y que gocéis de la venganza al mismo tiempo que yo. Os dedicaré á vos y al vizconde esas dos horas. No me lo agradezcáis. Dicen que vais á casar á vuestra hija con el conde de Orbec, ¿no es cierto? ¡Es un buen partido! Pero, sentáos. ¿Sabéis que para que se realice esa boda es indispensable mi consentimiento? Aún no me lo habéis pedido, pero yo os lo otorgaré. El conde de Orbec es tan amigo mío como vos, y confío en que por fin vamos á ver y á tener á nuestro lado á vuestra hija, y que su marido no será tan egoísta que no la lleve á la corte. ¿Cómo se llama?

—Colomba, señora.

—Es un nombre muy bonito. Dicen que los nombres influyen en la suerte de las personas, y si es así, vuestra hija debe de ser muy sensible y estar destinada á sufrir mucho... ¿Qué pasa, Isabel?

—Nada, señora. El florentino ha dicho que esperará.

—Está bien. Ya no me acordaba de él. Os lo repito, señor de Estourville: cuidad á Colomba; su futuro esposo es de la misma pasta que el mío: ambicioso como el duque de Etampes, avaro y capaz de ceder á su mujer á cambio de algún ducado. Si esto ocurriera, ¡cuidado conmigo! sobre todo si la muchacha es tan bonita como dicen. Ya me la presentaréis, ¿verdad? Es necesario que pueda yo ponerme en condiciones de defensa.

Radiante con la esperanza de su triunfo, la duquesa habló así durante largo rato descuidadamente, pero denotando la alegría hasta en sus menores movimientos.

—¡Vaya!—dijo al fin—. Ya no falta más que media hora para que termine el plazo de espera, y el pobre Benvenuto quedará libre de su suplicio. Pongámonos en su lugar, y tendremos que reconocer que ha debido de sufrir horriblemente; tanto más, cuanto que no está acostumbrado á hacer antesala, pues las puertas del Louvre están abiertas para él á todas horas, y el rey siempre visible. Aunque lo haya merecido, confieso que le compadezco. Debe de estar furioso. ¡Ja, ja!... Esto me va á dar que reír durante mucho tiempo... Pero ¿qué oigo? ¿qué escándalo, qué estrépito es ese?

—¿Se habrá hartado de purgatorio la víctima?—dijo el preboste.

—¿Quisiera verlo!—exclamó la duquesa, que se

había puesto densamente pálida—. Venid conmigo, señores, venid.

Resignado, por las razones que conocemos, á hacer las paces con la todopoderosa favorita, Benvenuto había cogido al día siguiente de su conversación con Primaticcio el precioso jarroncito de plata sobredorada, gaje de su tranquilidad, y dando el brazo á Ascanio, que estaba todavía muy débil y muy pálido, se encaminó al palacio de Etampes. Encontró primero á los lacayos, que se negaron á anunciarle á su señora tan temprano, y perdió media hora parlamentando, lo cual le excitó bastante. Pasó Isabel y consintió en avisar á su ama. Al poco rato volvió la doncella para manifestar á Cellini que su ama estaba vistiéndose y que tendría que esperar un poco para verla. Benvenuto se armó de paciencia y se sentó en un escabel, al lado de Ascanio, que rendido por la caminata, por la fiebre y por sus preocupaciones, se encontraba en un estado de extraordinaria debilidad.

Transcurrió una hora. Cellini contaba los minutos y pensaba:—«Después de todo, el tocado de una duquesa es su ocupación más importante. No es cosa de que por cuarto de hora más ó menos pierda el provecho de mi gestión». Pero llegó el momento en que no bastaron para conformarle todas estas filosóficas reflexiones; empezó á contar los segundos.

Ascanio palidecía más cada vez; hubiera querido callar á su maestro lo mucho que sufría, y le acompañó heroicamente sin decir palabra; pero como no había tomado alimento alguno, sintió que las fuerzas le abandonaban. Benvenuto no pudo permanecer sentado más tiempo y comenzó á pasear de arriba á abajo.

Pasó otro cuarto de hora.

—¿Estás malo, hijo mío?—preguntó Cellini á Ascanio.

—No, maestro. Vos sois quien sufre. Tened paciencia, os lo suplico; ya no esperaremos mucho.

Isabel volvió á pasar en aquel instante.

—Mucho tarda la señora duquesa—dijo Benvenuto.

La maliciosa muchacha se acercó á la ventana y miró el reloj de la torre.

—¡Pero si apenas hace hora y media que estáis esperando! ¿De qué os quejáis?

Cellini frunció el entrecejo, é Isabel se fué riendo á carcajadas.

Merced á un violento esfuerzo, el orfebre pudo contenerse aún, pero se tuvo que sentar, y permaneció mudo y con los brazos cruzados. Dos criados que había allí cerca, le miraban con una seriedad que á él le parecía burlona.

Sonó el cuarto de hora. Benvenuto miró á Ascanio y le vió más pálido que nunca y á punto de desmayarse.

—¡Vaya!—exclamó, no pudiendo contenerse—. Esa mujer lo está haciendo á propósito. No me he resistido á creer lo que me decían y he esperado por pura complacencia; pero si es una ofensa lo que se me quiere inferir, yo demostraré que no soy capaz de aguantarla, ni de una mujer. Vámonos, Ascanio.

Al decir esto, Benvenuto levantó con sus forzudas manos el escabel en que había estado humillado cerca

de dos horas, y arrojándolo contra el suelo lo hizo pedazos. Los lacayos hicieron ademán de acercarse, pero Cellini sacó á medias su puñal, y retrocedieron atemorizados. Ascanio quiso levantarse, temiendo por su maestro, pero la emoción había agotado las pocas fuerzas que le quedaban y cayó al suelo sin conocimiento. Benvenuto no le vió.

En aquel instante, la duquesa, pálida y furiosa, apareció en el umbral de la puerta.

—¡Sí, me voy!—repitió Cellini con voz de trueno, fingiendo que no veía á Ana, aunque la había visto perfectamente—. ¡Me voy! Decid á esa mujer que me llevo mi regalo para dárselo á no sé quién, al primer villano que me encuentre en la calle, que será más digno de él que ella. Decidle que si me ha tomado por uno de sus lacayos, se ha equivocado, y que nosotros, los artistas, no vendemos nuestra obediencia ni nuestro respeto como ella vende su amor. Y ahora ¡paso! ¡Sígueme, Ascanio!

Volvióse hacia su amado discípulo y al verle con los ojos cerrados, la cabeza echada atrás, y pálido como la muerte, exclamó:

—¡Ascanio, hijo mío! ¡Desmayado, moribundo tal vez! ¡Y por esa mujer...!

Volvióse haciendo un gesto amenazador á la duquesa de Etampes, y se acercó á Ascanio para cogerle en brazos.

La duquesa, furiosa y asustada, no había podido dar un paso ni pronunciar una palabra. Pero al ver á Ascanio, blanco como el mármol, con la cabeza inclinada, tan hermoso en su palidez y en su desmayo, se precipitó hacia él con un movimiento irresistible y se encontró á su lado, arrodillada, frente á frente de Benvenuto y teniendo entre las suyas, como éste, una mano de Ascanio.

—¡Pero esta criatura está muriéndose! Si os lo lleváis lo mataréis... Tal vez necesita socorros inmediatos... ¡Jerónimo! ¡Corre á buscar al cirujano! No quiero que salga de aquí en esa situación, ¡lo oís? Idos ó quedáos, pero dejadle aquí.

Benvenuto miró á la duquesa con atención, y á Ascanio con ansiedad. Comprendió que no existía peligro alguno en confiar á su discípulo preferido á los cuidados de la duquesa, y que, en cambio, tal vez lo hubiese en trasladarle sin precauciones. Decidióse en el acto, como siempre, pues una de las cualidades ó de los defectos de Cellini era la decisión rápida é irrevocable.

—¡Vos me respondéis de él, señora!

—Respondo con mi vida.

El orfebre besó en la frente á Ascanio, y embozándose en su capa y apoyando una mano en el puñal, salió con actitud de orgullo, después de haber cruzado con Ana de Etampes una mirada que expresaba el odio y el desdén. Ella, por su parte, mientras pudo verle, siguió á su enemigo con ojos brillantes de furor, y luego, cambiando la expresión de su mirada, dirigióla tristemente hacia el hermoso enfermo. A la cólera sucedía el amor; la tigre se convertía en gacela.

—Maese Andrés—dijo á su médico, que acababa de entrar—, ¡vedle, salvadle, está herido y moribundo!

—No es nada—contestó el médico—, un desva-

necimiento pasajero.—Y vertió entre los labios de Ascanio unas gotas de un cordial que llevaba siempre consigo.

—Ya se reanima—exclamó la duquesa—, ya se mueve. Ahora lo que necesita es tranquilidad, ¡no es cierto? Levadlo á esa habitación y colocadle en un lecho—añadió dirigiéndose á dos lacayos. Luego, bajando la voz de modo que sólo ellos la oyeran, dijo—: Ante todo, os advierto que si se os escapa una palabra siquiera de lo que acabáis de ver y oír, pagaréis vuestra indiscreción con la vida. Idos.

Los lacayos, temblorosos, se inclinaron reverentemente; cogieron á Ascanio con suavidad y se lo llevaron.

Cuando se quedó sola con el preboste y el vizconde de Marmagne, prudentes espectadores de la escena, miró á ambos, especialmente al vizconde, con profundo desprecio, que en seguida procuró disimular.

—Decía, vizconde—continuó con calma no exenta de amargura—, que el asunto de que me hablabais es grave; al decirlo no había pensado en ello. Creo que tengo influencia suficiente para poder castigar á un traidor como la tendría para castigar á un indiscreto. El rey se dignaría esta vez imponer el castigo, pero yo deseo vengarme. El castigo revelaría la ofensa; la venganza la ahogará. Habéis tenido, señores, la sangre fría necesaria para aplazar esta venganza y no comprometerla; os felicito por ello y os recomiendo que tengáis el talento de no dejarla escapar y proceder de modo que no necesite yo recurrir á nadie más que á vosotros. Vos, vizconde de Marmagne, necesitáis promesas terminantes; pues bien, os garantizo la misma impunidad que al ejecutor de la venganza, pero si queréis que os dé un consejo, os diré que vos y vuestros esbirros debéis renunciar á la espada, y ateneros al puñal, y basta. No habléis, obrad, y obrad rápidamente; es la mejor contestación. Adiós, señores.

Cuando hubo dicho estas frases, con voz breve y nerviosa, la duquesa extendió el brazo como para indicar la puerta á los dos hombres. Ambos se inclinaron torpemente sin acertar con una excusa y salieron confusos.

—¡Oh! ¡No ser más que un mujer y necesitar el concurso de semejantes cobardes!—dijo Ana viéndoles marchar y contrayendo sus labios con una mueca de repugnancia—. ¡Oh! ¡cuánto desprecio á todos estos hombres: amante real, marido venal, lacayo con jubón, lacayo con librea...! ¡Cuánto os desprecio á todos, excepto á uno á quien á mi pesar admiro, y á otro á quien con delirio amo!

En seguida entró en la habitación donde se encontraba el hermoso enfermo. Al acercarse ella, Ascanio abrió los ojos.

—No es nada—dijo masee Andrés á la duquesa—. Este joven está herido en la espalda, y el cansancio, alguna emoción violenta, el hambre tal vez, le han ocasionado un desvanecimiento momentáneo, que mis cordiales han calmado en seguida, como podéis ver. Ahora ya está repuesto del todo y puede ser trasladado en una litera á su domicilio, sin peligro alguno.

—Está bien—dijo Ana entregando una bolsa de

dinero á maese Andrés, que la saludó con el mayor respeto y salió.

—¿Dónde estoy?—exclamó Ascanio al volver en sí y tratando de coordinar sus ideas.

—Estáis á mi lado, en mi casa, Ascanio—contestó la duquesa.

—¿En vuestra casa, señora? ¡Ah, sí! Os reconozco; sois la duquesa de Etampes; ya me acuerdo, ¿Dónde está Benvenuto? ¿Dónde está mi maestro?

—No os mováis, Ascanio; vuestro maestro está sano y bueno. A esta horas estará almorzando en su casa.

—¿Y por qué me ha dejado aquí?

—Porque os desmayásteis, y os confié á mi cuidado.

—¿Me aseguráis que no corre peligro alguno y que ha salido de aquí sin riesgo?

—Os lo aseguro. Jamás ha estado menos expuesto que en estos instantes. ¡Lo oís, ingrato á quien velo, á quien cuido yo, duquesa de Etampes, con la solicitud de una hermana, y que no me habla más que de su maestro?

—Perdonadme, señora, y aceptad la expresión de mi gratitud.

—¡Ya era hora!—exclamó Ana sonriéndose dulcemente.

Y continuó hablando con entonaciones de ternura, con delicadeza, preguntando con avidez y con respeto, oyendo cada respuesta con tanta atención como si su vida dependiese de ellas. Fué humilde y acariciadora como una gata; atenta á todo, como una actriz en escena; guió la conversación al asunto que la interesaba cada vez que Ascanio se distraía, y le atribuyó todo el mérito de sus respuestas, aunque ella misma las había preconcebido; le oyó como á un oráculo, y desplegó todo su privilegiado ingenio, merced al cual la denominaban la más hermosa de las sabias y la más sabia de las hermosas. Por último, convirtió aquella conversación en el más dulce de los halagos y en la más hábil de las seducciones, y cuando el joven hizo por tercera ó cuarta vez ademán de retirarse, le dijo reteniéndole aún:

—Me habláis con tanta elocuencia de vuestro hermoso arte de la orfebrería, que vuestras palabras son una revelación para mí, y en lo sucesivo cuando contemple alguna de vuestras alhajas adivinaré un pensamiento allí donde hasta hoy sólo he visto un adorno... ¿Decís que Benvenuto es el más grande maestro de vuestro arte?

—Señora, ha sobrepujado al divino Miguel Angel.

—Vais á conseguir que disminuya el odio que me inspira por su mal comportamiento para conmigo.

—No hay que tomarle en cuenta sus rudezas. La brusquedad de su carácter oculta el alma más ardiente y más abnegada. Benvenuto es, al mismo tiempo, el ingenio más impaciente y el más fogoso. Ha creído que le hacíais esperar intencionadamente, y esta ofensa...

—Decid mejor esa malicia—repuso la duquesa fingiendo una confusión infantil—. La verdad es que cuando llegásteis, no estaba yo vestida todavía, y que he prolongado más que de costumbre mi tocado. He hecho mal, muy mal. Ya véis que lo confieso. No sabía que estábais vos con él.

—Pero Cellini, que no tiene mucha penetración, y á quien han engañado con referencias falsas (á vos, que sois tan amable y tan buena puedo decíroslo), os cree malvada y terrible, y en lo que sólo era una niñería ha creído ver una ofensa.

—¿Estáis seguro?—replicó la duquesa sin poder disimular una sonrisa burlona.

—Perdonadle, señora. Es noble y generoso, y si os conociera, creedme, os pediría perdón por su error de rodillas.

—¡Calláos! ¡Ahora suponéis que le quiero? Lo que deseo es castigarle y para ello le voy á suscitar un rival.

—Será difícil, señora.

—No, Ascanio. Ese rival sois vos, su discípulo. Permitidme al menos que sólo le rinda un homenaje indirecto. ¿Me negaréis este favor, vos, cuya delicadeza de imaginación tanto alaba el mismo Cellini? Puesto que no compartís las prevenciones de vuestro maestro contra mí, ¿no querréis demostrármelo dándome los medios de embellecerme?

—Señora, cuanto soy, cuanto puedo y cuanto valgo, está á vuestra disposición. Sois tan benévola para conmigo, os habéis interesado tanto por mi vida y por mis ilusiones, que no puedo por menos de perteneceros en cuerpo y alma.

—¡Criatura! No he hecho nada, y sólo os pido un poco de vuestro talento. Aquí tengo perlas magníficas; ¿en qué lluvia maravillosa queréis transformar mármelas, mi gentil mago? ¿Habéis pensado alguna alhaja prodigiosa? ¿Queréis que os diga una idea que se me ha ocurrido? Hace poco, al veros tendido en esta habitación, pálido y con la cabeza caída, me imaginaba ver un hermoso lirio cuyo tallo hubiera hecho inclinar el viento. Hacedme un lirio de perlas y de plata y lo llevaré en el pecho—añadió la duquesa llevándose la mano al corazón.

—¡Ah, señora! ¡Cuánta bondad!

—¿Queréis corresponder á esta bondad, como vos la llamáis? Pues prometedme que seré vuestra confidente, vuestra amiga; que no me ocultaréis vuestras acciones ni vuestros pensamientos; vuestras alegrías ni vuestras penas, pues ya veo que estáis triste. Prometedme acudir á mí cuando necesitéis ayuda ó consejo.

—Eso no es pedirme un testimonio de gratitud, sino otorgarme un nuevo favor.

—Como queráis. ¿Me lo prometéis?

—Ayer todavía os lo hubiera prometido, señora; ayer aún hubiera podido comprometerme á necesitar de vuestra generosidad. Hoy ya es tarde: no hay poder humano que pueda servirme.

—¿Qué sabéis vos de eso?

—Lo sé, señora.

—Sois desgraciado. Ya lo veo.

Ascanio hizo tristemente un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Sois disimulado con una amiga, y eso no está bien—continuó la duquesa cogiendo una de las manos del joven y estrechándola suavemente.

—Mi maestro debe de estar intranquilo, señora, y yo tengo miedo de ser importuno. Me encuentro ya bien del todo. Permitid que me retire.

—¡Qué prisa tenéis de abandonarme! Esperad al

menos á que os hayan preparado una litera. No os opongáis; lo ha mandado el médico; lo mando yo.

Ana llamó á un criado y le dió las órdenes oportunas; luego encargó á Isabel que la trajese sus perlas y otras piedras preciosas y se las dió á Ascanio, diciéndole:

—Os devuelvo la libertad; pero quiero que me prometáis que, cuando estéis totalmente restablecido, lo primero en que os ocuparéis será en cincelar mi lirio. Pensad en él, y cuando tengáis hecho el dibujo venid á traédmelo.

—Así lo haré, señora duquesa.

—¿Y no queréis que á mi vez os sirva de algo, y puesto que vos me complacéis yo haga por mi parte lo que podáis desear? A vuestra edad, por mucho que se contenga al corazón, que se cierre los ojos y los labios, siempre se desea algo. ¿Me creéis tan poco poderosa que no os dignáis hacerme una sóla confianza?

—Sé que tenéis toda la influencia que merecéis. Pero no hay poder humano que pueda favorecerme en la situación en que me hallo.

—Decídmela, sea la que sea. ¡Lo quiero! ¡Lo suplico!

—Señora, puesto que me habláis tan bondadosamente; puesto que mi ausencia os va á ocultar mi vergüenza y mis lágrimas, voy, no á dirigiros una súplica, como hubiera podido ayer, sino á hacer os una confidencia; voy á hablar á la mujer y no á la duquesa. Ayer os hubiese dicho: «Amo á Colomba, y soy feliz». Hoy os digo: «Colomba no me ama, y no me queda más recurso que morir». ¡Adiós, señora, compadecedme!

Ascanio besó precipitadamente la mano de Ana, que se había quedado inmóvil y muda, y se marchó.

—¡Una rival! ¡Una rival!—exclamó la duquesa como si despertara de un sueño—. ¡Pero ella no le quiere y él me amará! ¡Sí, juro que él me amará y que yo mataré á Benvenuto!

XIV

EL FONDO DE LA EXISTENCIA HUMANA ES EL DOLOR

Perdónesenos la amargura y la misantropía de este epígrafe. El presente capítulo no tendrá más unidad que el dolor, como la vida. La reflexión no es nueva, como diría un personaje de comedia, pero es consoladora y nos servirá de excusa para con el lector, á quien vamos á guiar, como Virgilio guió á Dante, de desesperación en desesperación; dicho sea sin ofender al lector ni á Virgilio.

Nuestros amigos, los personajes de esta historia, en el presente momento están, comenzando por Benvenuto y acabando por Santiago Aubry, sumidos en la tristeza, y vamos á ver cómo el dolor, en sombría marea ascendente, va cubriéndolos á todos poco á poco.

Hemos dejado á Cellini muy intranquilo acerca de lo que hubiera podido ocurrirle á Ascanio. De regreso en el palacio de Nesle, no pensaba ya ni remotamente en la cólera de la duquesa de Etampes. Lo único que le preocupaba era su querido enfermo.

Así fué que su alegría no reconoció límites al ver que se abría la puerta para dar paso á una litera, y que Ascanio, saliendo de ella prestamente, corría á estrecharle la mano y á convencerle de que estaba tan bueno como por la mañana. Pero al oír las primeras palabras de su discípulo, la frente de Benvenuto se oscureció y se sintió más apenado á medida que el joven hablaba.

—Maestro, deseo que reparéis un error, y estoy convencido de que me daréis las gracias en vez de reprochármelo. Estáis equivocado en vuestra impresión acerca de la duquesa de Etampes; ni os desprecia ni os odia; os honra y admira, por el contrario, y hay que reconocer que la habéis tratado con excesiva rudeza, para una mujer que además es duquesa. La señora de Etampes no sólo es bella como una diosa, sino buena como un ángel, modesta, entusiasta, sencilla, generosa y de sentimientos muy delicados. En lo que creísteis ver esta mañana insolencia insultante, sólo había malicia infantil. Os lo ruego, por vos, que no queréis ser injusto, y por mí, que he sido acogido y cuidado por ella cariñosamente. No persistáis en vuestra ofensiva equivocación. Os garantizo que os costará poco trabajo conseguir que olvide lo ocurrido. Pero, ¿no me contestáis, querido maestro? ¿Os ofenden mis palabras?

—Oye, hijo mío—respondió gravemente Benvenuto—. Varias veces te he dicho que en mi opinión sólo hay en el mundo una cosa eternamente bella, joven y fecunda: el arte, el divino arte. Creo, sé ó supongo, que para algunas almas el amor es también un sentimiento grande, profundo y capaz de proporcionar la felicidad de toda la vida, pero esto es muy raro. Generalmente el amor es el capricho de un día, una asociación alegre en que los asociados se engañan mutuamente y á veces de buena fe. Ya sabes que yo me burlo de esta clase de amor, de sus pretensiones y de su lenguaje, pero no abomino de él, porque es el que me gusta, porque encuentro en él todas las alegrías, todas las dulzuras, todas las condiciones de una pasión sincera, y en cambio sus heridas no son mortales. Ya sea comedia ó tragedia, no se le recuerda al cabo de algún tiempo más que como una representación teatral. Además, Ascanio, las mujeres son encantadoras, pero en mi opinión no merecen ni comprenden, casi todas, más que esa clase de fantasías. Darles más es vivir engañado ó ser un loco. Ya ves Scozzone; si pudiese ella leer en mi alma, se quedaría aterrorizada; no la dejo que lea y está alegre, canta, se ríe, es feliz. Añade á esto que tales alianzas transitorias tienen un mismo fondo de duración, y que para un artista es suficiente el culto de la forma y la adoración de la belleza pura. Este es su aspecto, digno de consideración, y lo que me impide censurarle aunque me ría de ello. Pero en cambio hay otros amores que no me dan risa, sino que me hacen temblar; amores terribles, insensatos, irrealizables, como algunos sueños.

—¿Dios mío!—pensó Ascanio—. ¿Sabrá que estoy enamorado de Colomba?

—Estos no proporcionan el placer ni la dicha—continuó el orfebre—, pero se apoderan de uno por completo; son vampiros que beben lentamente toda la existencia; que devoran poco á poco toda el alma;

que aprietan sin cesar sus garras, de las que no hay medio de desprenderse. Ascanio, Ascanio, teme á estos amores. Se comprende fácilmente que son vanas quimeras, que nada se puede lograr de ellos, y sin embargo se entrega uno en cuerpo y alma, se llega hasta á renunciar á la vida y á la esperanza.

—No hay duda; lo sabe todo—dijo Ascanio para sí.

—Hijo mío, si aún es tiempo, rompe esos lazos, que te sujetarían para siempre; no podrás borrar sus huellas, pero salva, á lo menos, tu vida.

—¿Y quien os ha dicho que yo la amo?

—Bendito sea Dios, si no la amas—replicó Benvenuto; que creyó que Ascanio negaba, cuando lo que hacía era preguntar—. De todos modos, ten cuidado, porque esta mañana me he convencido de que ella te ama á tí.

—¿Esta mañana! ¿Pero de quién habláis?

—¿De quien ha de ser? De la duquesa de Etampes.

—¡La duquesa de Etampes!—exclamó Ascanio estupefacto—. Os equivocáis, maestro; eso es imposible. ¿Decís que os habéis convencido de que ella me ama?

—Mira, hijo mío, tengo cuarenta años; he vivido y poseo bastante experiencia. En las miradas que aquella mujer te dirigía al precipitarse hacia tí; en el modo de presentarse ante tus ojos, he comprendido que te ama; luego, al oír el entusiasmo con que la defendías hace poco, he tenido miedo de que tú también la amases. Si así fuera, Ascanio, estarías perdido; cuando te faltara ese amor, que es bastante intenso para consumirte todo, te quedarías sin una ilusión, sin una creencia, sin una esperanza, y no tendrías más remedio que amar á tu vez como habías sido amado, y envenenar otros corazones como habían envenenado el tuyo y destrozarlos con la misma saña.

—Maestro, ignoro si la duquesa de Etampes me ama, pero estoy seguro de que yo no la amo á ella.

La expresión de sinceridad que Ascanio dió á sus palabras sólo tranquilizó á medias á Benvenuto, que pensó que su discípulo podía estar equivocado. No volvió á hablar de ello, y en los días siguientes contemplaba á menudo á Ascanio con tristeza.

Debemos consignar que no parecía muy intranquilo respecto de éste. Mas bien le preocupaba algún cuidado personal; había perdido su buen humor, ya no incurría en originales exabruptos; permanecía encerrado toda la mañana en la estancia de encima de la fundición, y había prohibido que entrase allí nadie. El resto del día lo dedicaba á trabajar en la gigantesca estatua de Marte con su acostumbrado ardor, pero sin hablar de ella con su efusión habitual. En presencia de Ascanio, sobre todo, parecía más sombrío, confuso y como avergonzado. Diríase que huía de su discípulo como de un acreedor ó de un juez, y se advertía que algún dolor intenso ó alguna pasión terrible había penetrado en aquella alma vigorosa y la destrozaba.

Ascanio tampoco era feliz; como se lo había dicho á la duquesa de Etampes, estaba persuadido de que Colomba no le amaba. El conde de Orbec, á quien no conocía más que de nombre, era, según se lo representaban sus celos, un caballero joven y ele-

gante, y la hija de Estourville, la afortunada prometida del hermoso caballero, no había pensado ni un momento en el modesto artista. Aunque hubiera conservado la vaga y fugitiva esperanza que no abandona nunca á un corazón enamorado, comprendía que no podía fiar en probabilidad alguna después de haber confesado su amor á la duquesa de Etampes, si era cierto que ésta le amaba. La boda de Colomba, que tal vez hubiese podido impedir la duquesa, sería apresurada por ésta, que además odiaría á Colomba con toda su alma y la haría víctima de su odio. Sí; Benvenuto tenía razón: el amor de aquella mujer era formidable y mortal; pero el amor de Colomba debía de ser el sublime y celestial sentimiento de que le había hablado Cellini; ¡y este amor era para otro!

Ascanio estaba desesperado. Había creído en la amistad de la duquesa de Etampes, y esta engañadora amistad era un amor peligroso; había confiado en el amor de Colomba, y este amor engañoso no era más que una indiferente amistad. Se sentía á punto de odiar á aquellas dos mujeres que tan mal habían respondido á sus ilusiones, al amarle cada una como él hubiera querido ser amado de la otra.

Absorto por una fúnebre desesperanza, no pensaba siquiera en el lirio que le había encargado la duquesa de Etampes, y en su celoso despecho no había querido volver al jardín del palacete, á pesar de la súplica de Ruperta, á cuyas repetidas preguntas oponía un silencio obstinado. A veces se arrepentía de sus primeras resoluciones, crueles por el solo; quería ver á Colomba, pedirle cuentas... Pero ¿de qué? ¿de sus extravagantes preocupaciones? De todos modos la vería, pensaba en sus instantes de enternecimiento, la confesaría su amor como si fuera un crimen, y como ella era tan buena, le consolaría tal vez de su pasión como de una desgracia. Pero ¿cómo disculpar su ausencia? ¿Cómo excusarse á los ojos de la joven?

En estas inocentes y dolorosas reflexiones pasaba Ascanio el tiempo sin resolverse á nada.

Colomba esperaba á Ascanio con temor al día siguiente del en que la señora Perrine le había anonadado con su terrible revelación, pero en vano contó las horas y los minutos; en vano estuvo la dueña de centinela. Ascanio que había vuelto en sí á tiempo, y hubiera podido aprovecharse del amable permiso de Colomba, no fué, sin embargo, como estaba convenido, acompañado de Ruperta á llamar á la puerta del palacete. ¿Qué significaba esto?

¿Significaba que Ascanio estaba enfermo, moribundo quizá, imposibilitado de ir? Esto, al menos, pensaba Colomba, y se pasó toda la tarde arrodillada en su reclinatorio, llorando y rezando, y cuando hubo acabado de rezar, notó que todavía lloraba. Sintió miedo. Aquella ansiedad que le oprimía el corazón fué una revelación para ella. Había motivo para asustarse, pues en menos de un mes, Ascanio se había hecho dueño de su pensamiento hasta el punto de hacerle olvidar á Dios, á su padre y hasta sus propias desdichas. Pero, ¿qué importaba esto! Ascanio estaba allí, á dos pasos, en el lecho del dolor, moribundo tal vez, y ella no podía verle. No era aquella ocasión de reflexionar, sino de llorar, de llo-